



Noticiero IMER 06 de mayo de 2020

## **La irresponsabilidad personal, la ignorancia y los riesgos de fatiga ante el COVID19**

Existen varias razones, unas justificadas y otras no, para que las personas no acaten las disposiciones de sana distancia, resguardo domiciliario y en su caso, uso de cubre-bocas. Se trata de:

1. Aquellas que trabajan en actividades esenciales para que la vida continúe como es la producción, distribución y comercialización de alimentos; la provisión de servicios de energía eléctrica, telefonía, distribución de gas, agua; el personal de los servicios de salud, entre otros.
2. Personas que viven al día y si dejan de trabajar no tendrían ingresos para sobrevivir. Recordemos que 56% de los trabajadores de nuestro país se ocupa en el sector informal de la economía en condiciones laborales precarias y sin protección.
3. Personas cuyos patrones les exigen continuar asistiendo a su trabajo so pena de perder el empleo, aunque no se trates de actividades esenciales como es el caso de la venta de muebles y electrodomésticos.
4. Pero lo más desconcertante son las personas que no quieren acatar las disposiciones de resguardo domiciliario porque:
  - a. No creen que la pandemia sea algo real.

- b. Consideran que no están en riesgo porque son jóvenes y están sanas. En parte sustentan su actitud en los mensajes de las campañas que hacen énfasis en que las personas más vulnerables son aquellas mayores de 60 años y las que sufren de hipertensión, obesidad y diabetes.
- c. Personas que ignoran la existencia de la pandemia por encontrarse fuera del alcance de las redes sociales y los medios de comunicación.

De la información disponible se estima que menos del 50% de la población en el país se encuentra en resguardo domiciliario.

El reto que enfrentamos todos y las autoridades, es en primer lugar poder convencer u obligar a los empleadores reacios a permitir el resguardo domiciliario de sus trabajadores, y señalarles su irresponsabilidad al poner en riesgo a estos y a sus familias, así como al resto de la población.

En segundo lugar, el poder llevar a cabo acciones de comunicación “dura” que expongan de manera fuerte e incuestionable y no solamente mediante monitos amables, los peligros que corren las personas reacias a resguardarse o que ignoran la pandemia y el peligro al que nos exponen. Es muy fácil seguir en la fiesta, enfermarse y culpar al gobierno y al personal de salud.

#### Riesgo de fatiga

Al inicio de la emergencia la mayoría de las personas que reconocimos que se trataba de una situación de alto riesgo estábamos alertas, pendientes de cualquier información. A estas alturas hay una especie de fatiga, un cierto nivel de saturación de información y de reconocimiento de que no está en nuestro tramo de control personal el poder cambiar las cosas y evitar el riesgo de contagiarse en algún momento futuro. Lo único que podemos hacer es evitarlo hasta que se desarrolle una vacuna y se produzca en cantidades suficientes o bien, tratar de postergar ese contagio hasta que podamos ser atendidos con medicamentos o por servicios de salud menos congestionados.

Es así que nos volvimos audiencia cautiva y confiada de las conferencias de prensa diarias del Subsecretario López Gatell a las 7 de la noche. Buscamos en los medios de comunicación y en las redes toda la información posible para comprender lo que estaba ocurriendo: de qué se trataba, cuál era el comportamiento del virus y sus efectos, como se esparcía por el mundo, que medidas adoptaban los distintos gobiernos, cuáles eran más exitosos y por qué, cómo podíamos protegernos, cuáles eran los efectos colaterales de la pandemia en la economía, en las relaciones sociales, en las condiciones políticas y relaciones de poder y en la seguridad pública. A varios nos preocupaban principalmente dos cuestiones; qué medidas estaban tomando nuestros gobiernos en comparación con otros para protegernos del daño y aminorar los efectos colaterales y cómo podíamos contribuir personalmente a enfrentar la grave situación.

Nos percatamos que el mayor problema radicaba en la incapacidad de los servicios de salud para poder atender una demanda incrementada de atención y que la primera prioridad derivada de la emergencia, consistía en fortalecer y articular los distintos sistemas públicos de salud e incorporar a los privados. Se hicieron evidentes los grandes cuellos de botella: insuficiencia de camas con los equipamientos necesarios para atender los casos graves, insuficiencia de suministros para proteger al personal de salud y a la población e insuficiencia misma de personal de salud en la cantidad y con la preparación necesarias para atender las situaciones graves y el uso de respiradores.

Al ser una pandemia como país hemos tenido que enfrentar una cruenta realidad: la falta de disponibilidad a nivel mundial de una oferta suficiente de equipamiento y de suministros para enfrentar la emergencia; y por lo tanto, la elevación de los costos de los mismos y la lamentable competencia entre los países. Somos testigos de las protestas del personal médico que en Alemania han llegado hasta desnudarse para exigir equipo de protección o del personal de enfermería y de residentes que hacen paros; lamentamos la muerte de personal de salud por contagios.

Es claro que el mayor riesgo de fatiga en este momento se encuentra en el personal y los servicios de salud. De acuerdo con las autoridades estamos en el punto más alto de la demanda de servicios en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Tenemos que ser conscientes del nivel de estrés del personal y del sistema de salud y que, a pesar de todos los esfuerzos realizados, de las buenas intenciones y los sacrificios de ese personal, las capacidades de atención serán insuficientes como se ha visto en otros países, en parte por la negativa de muchas personas para acatar las medidas de sana distancia y reclusión domiciliaria.

Asumamos como ciudadanos nuestras responsabilidades frente a la emergencia.

---

Montes Himalaya 209, Lomas de Chapultepec, Miguel Hidalgo CDMX 11000. Teléfono 52825652